

Don Quijote y su problemática reconquista del nuevo mundo según Unamuno y Ganivet

Strosetzki, Christoph

First published in:

Garrido Gallardo, Miguel Ángel; Albuquerque García, Luis (Eds.): El Quijote y el pensamiento teórico-literario : actas del Congreso Internacional celebrado en Madrid los días del 20 al 24 de junio de 2005. Madrid : Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008, p. 341-351
ISBN: 978-84-00-08622-0

DON QUIJOTE Y SU PROBLEMÁTICA RECONQUISTA DEL NUEVO MUNDO SEGÚN UNAMUNO Y GANIVET

CHRISTOPH STROSETZKI

Universidad de Münster

Para Unamuno, los conquistadores son también héroes, así como lo es Don Quijote.

¿Qué llevó a la acción a Don Quijote, y a Colón, y a Cortés y Pizarro y Magallanes y a toda la perdurable raza de los héroes? Un sueño generoso y grande: el sueño de gloria¹.

Bolívar, el liberador más importante del poder colonial español, «en que ha encarnado el alma inmortal de la Hispania máxima»², es, a su vez, estimado en igual medida. Unamuno dedicó al héroe de la liberación de España, Bolívar, dos artículos: Don Quijote y Bolívar y Don Quijote-Bolívar. Como indicativo de su gran estimación se debe valorar la doble relación que Unamuno establece entre Bolívar y Don Quijote. Además, le ve más como español de parte de los conquistadores que como enemigo de los españoles: «Pizarro es mucho más hermano de Bolívar que el inca Atahualpa»³. Siente como español una congenialidad especial, precisamente cuando Bolívar polemiza en español contra los españoles.

En una edición posterior de su *Vida de Don Quijote y Sancho* (1905) quería introducir algunos pasajes de la vida de Bolívar, tal y como ya lo hiciera con algunos de la vida de Ignacio de Loyola. Si siguiera el ejemplo de Plutarco, Unamuno se vería capaz de redactar descripciones paralelas entre las vidas de Bolívar y Don Quijote. Entonces el paralelismo empezaría ya con los rasgos de la cara y sería muy significativo en algunas situaciones. Así, por ejemplo, en 1812 Bolívar, al notar la llegada de un terremoto, considerado castigo de Dios,

¹ UNAMUNO, Miguel de, 1968, t. III, p. 957.

² UNAMUNO, Miguel de, 1966, t. VIII, p. 1044.

³ *Ibid.*, p. 1039

ordena luchar contra la naturaleza y obligarla a obedecer en caso de que ésta se rebele. Unamuno informa de que Bolívar, a la pregunta de quiénes habían sido los tres mayores insensatos de la Historia, responde que Cristo, Don Quijote y él mismo. Por tanto, Bolívar habría tenido plena consciencia de llevar a cabo una misión quijotesca y de perseguir una visión profética de la futura América.

Unamuno aprecia igualmente la obra de los conquistadores españoles. Influido por la lectura de la *Verdadera historia* de Bernal Díaz del Castillo –el soldado que había acompañado a Cortés a México y que, reaccionando conscientemente a la Crónica de López de Gómara, escrita en interés de Cortés, puso de relieve los méritos de los muchos soldados que rodeaban a Cortés– Unamuno compara la seguridad que demostraron tener en sí mismos los conquistadores con la que tuvo Don Quijote. Se propone, en la próxima ocasión que se preste, probar en una conferencia «que el yo a modo de Don Quijote y de Bernal Díaz del Castillo es la categoría más desinteresada, más pura, más universal, más abnegada y la menos egoísta y la menos vanidosa»⁴.

La obra de Unamuno *Vida de Don Quijote y Sancho*⁵ tuvo una gran influencia en Latinoamérica, en tanto que separó a los cervantistas de los quijotistas y se opuso a la mera erudición. Esta última se ha limitado a la forma exterior y no ha profundizado hasta la esencia de las obras. La sustitución del cervantismo biográfico por el quijotismo tiene como consecuencia que Don Quijote viva también fuera de la obra y agradezca su existencia exclusivamente a la nueva creación que el lector realiza con su persona⁶.

Unamuno replica al panamericanismo influenciado por Norteamérica con un paramericanismo ibérico⁷. Se sirve para ello del término «Hispanidad», con el que también se refiere a los países hispanohablantes de América. Lo prefiere al término «Españolidad», que aludiría sólo a la península ibérica y al de *latinoamericanidad* que incluiría demasiado el componente francés y portugués. Esta característica común no se deduce de factores étnicos sino de una base lingüística y espiritual. La lengua, que tiene que ser formada por sus escritores y el conjunto de sus usuarios, y no por las academias, no debe aferrarse a costumbres tradicionales sino que se debe poder extender para usarla en América. Unamuno no reconoce el peligro de una desintegración semejante a la del latín vulgar, puesto que prevalecería, en todo caso, el interés por conservar un medio de comunicación común para España y América⁸.

¿Cuáles son en detalle los puntos de partida con los que Unamuno prueba las características comunes entre la literatura latinoamericana y la española? Como ejemplos se presentarán una novela gauchesca, así como a los autores Sarmien-

⁴ UNAMUNO, Miguel de, 1968, t. III, p. 1029.

⁵ «Por lo que a mí hace, acabé de descubrir mi yo español, castizo, en el 'Quijote', y es natural, creí haber descubierto mi 'Quijote', 'nuestro Quijote', y dije lo que Cossío recuerda: que Cervantes nos dió en 1605 la Biblia del personalismo individualista español para que yo, tres siglos después, y siete años tras del 98, la comentase.», MIGUEL DE UNAMUNO, 1968, t. III, p. 1175.

⁶ Cf. HÖLZ, Karl, 1979, p. 103.

⁷ Cf. BARAHONA, Luis, 1965, pp. 60 y ss.; véase también Baquero, Gastón, 1964.

⁸ CHAVES, Julio César, 1964, pp. 26 y ss., 33, 42 y ss.

to, Ruben Darío y Rodó. La novela gauchesca *Martín Fierro* (1872-1879) de José Hernández muestra efectivamente numerosos paralelismos con el *Don Quijote* de Cervantes. De modo similar a Don Quijote, el cual supera a los héroes tradicionales de las novelas de caballerías, Martín Fierro también continúa con un género tradicional. La novela se sitúa en la tradición de la novela gauchesca y al mismo tiempo la anula. Además, ambas novelas constan de dos partes. Mientras que Don Quijote quiere realizar el ideal de justicia, Martín Fierro es un incansable defensor de la libertad. Los dos, en la segunda parte, ven rebatido su mundo imaginario por la realidad y cambian, consecuentemente, su actitud⁹. Si en el *Don Quijote* se rebate el mundo fantástico de la caballería, el blanco en la obra de Hernández es el romanticismo gauchesco. No obstante, Unamuno casi nunca repara en los componentes críticos y desilusionadores del *Don Quijote*, así como de *Martín Fierro*. Aprecia la literatura gauchesca como:

la que canta las alegrías y las penas, las fortunas y las desgracias de la vida de un tipo social americano curiosísimo por extremo y casi desaparecido ya: el gaucho¹⁰.

En el gaucho ve, en una forma nueva de manifestación, al descendiente de los conquistadores, cuyos logros para España también reconoce en este contexto¹¹. Si uno se deja atrapar del colorido local del romanticismo gauchesco, entonces se puede llegar a un juicio tan positivo como el de Unamuno, el cual calificó *Martín Fierro* como una muy bonita obra literaria y como una verdadera novela histórica¹². De este modo pudo llegar a una renovada identificación, la del gaucho con Don Quijote.

El poema gauchesco épico *Martín Fierro* le impresionó tanto que llegó a designar a su autor como uno de los mejores poetas en lengua castellana¹³. Este poema, que se cantaría acompañado de la guitarra y que enaltecería la poesía de la pampa y de los gauchos, le parece el más español de todos los textos latinoamericanos. A esta conclusión le conducen las analogías que ve entre el mundo gauchesco y la España de los siglos XII y XIII: mientras que los gauchos se defendían contra los indios, los españoles luchaban contra los árabes durante la Reconquista. Por tanto, se podría comparar *Martín Fierro* con el *Cantar de Mío Cid*. Ya que el mundo y los trabajos de los gauchos recuerdan a la Reconquista española, la obra, para Unamuno, contiene al mismo tiempo un carácter más general:

Martín Fierro es la epopeya de los compañeros de Almagro y de Pizarro; es el canto del luchador español, que después de haber plantado

⁹ DÍAZ-PLAJA, Guillermo, 1952, p. 85.

¹⁰ UNAMUNO, Miguel de, 1968, t. IV, p. 737.

¹¹ «Debajo del calzón cribado, del poncho y del ciripá, alienta acaso el español más puro, porque es el del primer desangre, la primera flor de la emigración, la espuma de la savia española que dejando casi exangüe la madre patria se derramó por América», UNAMUNO, Miguel de, 1968, t. IV, p. 715.

¹² VERDEVOYE, Paul, 1964, pp. 381 y ss. y 431.

¹³ Véase también a propósito de la importancia de la lengua como lazo de unión entre América y España: TORRE, Guillermo de, 1961, pp. 17 y ss.

la cruz en Granada se fue a la América para servir de avanzada de la civilización y a abrir el camino del desierto. Por eso su canto está impregnado de españolismo, es española su lengua, españoles sus modismos, españolas sus máximas y su sabiduría, española su alma¹⁴.

Dado que *Don Quijote* se enfrenta a la caballería andante, a Unamuno le parece consecuente y, con una intrahistoria de fondo, nada anacrónico utilizar versos del gaucho Martín Fierro en su libro de comentarios *La vida de Don Quijote y Sancho*. Los introduce como aclaración al capítulo 11 de la primera parte del *Don Quijote* o cuando en su comentario del capítulo 60 de la segunda parte, cita versos que pudiera haber recitado con el mismo texto el ladrón catalán Roque, así como más tarde el gaucho Martín Fierro¹⁵.

Así se muestra en qué medida Unamuno consideraba la literatura latinoamericana como de su propio dominio. Una aclaración biográfica da prueba de su temprana familiaridad con ella. Su padre había emigrado a México para amasar allí una pequeña fortuna con la que después se instaló en Bilbao. Se trajo una colección de libros latinoamericanos de los que Miguel de Unamuno pudo disponer pronto¹⁶. Sus amplios conocimientos de la vida cultural los demuestra el simple hecho de que posteriormente publicara artículos en revistas y periódicos latinoamericanos durante más de treinta años y que reseñara las nuevas publicaciones latinoamericanas para la revista madrileña *La Lectura* de 1901 a 1906. Así, se elogia a sí mismo, con razón, de ser en su época una de las pocas personas que se interesaban por América¹⁷.

Las cuestiones sobre la identidad latinoamericana le interesaban especialmente. Éstas fueron suscitadas en todo caso por la oposición entre una «civilización» urbana de carácter europeo y una «barbarie» rural, oposición definida por Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888). El ideal de Sarmiento era el de una civilización orientada en las tradiciones europeas. En contraposición a ésta, Rodó y Ruben Darío, por ejemplo, observaban en Latinoamérica el utilitarismo¹⁸ y el imperialismo¹⁹ norteamericanos.

Aun cuando Sarmiento polemiza en sus escritos contra los españoles se siente, sin embargo, orgulloso de su origen español. A Unamuno le gustaba leer a Sarmiento, ya que éste –siendo persona ajena– era capaz de criticar España como un español²⁰. Por ello, las críticas de Sarmiento a las costumbres y las instituciones españolas se podrían comparar a las del español Larra²¹. Sin embargo, Sarmiento asocia a estas críticas una finalidad renovadora y persigue, de este modo, el deseo de un regeneracionismo. Lo único que le critica Unamuno es su francofilia.

También Ruben Darío (1867-1916) ve en *Don Quijote* una figura de identi-

¹⁴ UNAMUNO, Miguel de, 1968, t. IV, p. 716.

¹⁵ GARCÍA BLANCO, Manuel, 1964, pp. 348, 350, 364 y ss.

¹⁶ CHAVES, Julio César, 1964, pp. 12 y ss.

¹⁷ GARCÍA BLANCO, Manuel, 1964, pp. 8 y 14.

¹⁸ RODÓ, José Enrique, 1971.

¹⁹ DARÍO, Rubén, *A Roosevelt*, 1986.

²⁰ DÍAZ-PLAJA, Guillermo, 1952, p. 55.

²¹ LORENZO-RIVERO, Luis, 1968.

ficación. Cervantes se convierte para él en el amigo de confianza, como deja patente *Un soneto a Cervantes*:

Horas de pesadumbre y de tristeza
paso en mi soledad. Pero Cervantes
es un buen amigo. Endulza mis instantes
ásperos, y reposa mi cabeza²².

Las *Letanías de nuestro señor Don Quijote* de Darío empiezan con un apóstrofe²³. Se le dirigen a Don Quijote los ruegos como si fuera éste un santo:

¡Ruega por nosotros, que necesitamos
las mágicas rosas, los sublimes ramos
de laurel! Pro nobis ora, gran señor²⁴.

Si bien Unamuno aprecia la literatura gauchesca, se muestra escéptico ante la corriente del modernismo que entró en América en manos de Ruben Darío y después llegaría también a Europa. El modernismo se originó como reacción contra el romanticismo. Se dirigía contra todos los clichés y tenía como objetivo la renovación de la poesía, especialmente a través de la perfección de la forma. Unamuno reprochó al modernismo que con esta renovación el estilo pasara a ser más importante que el contenido²⁵. Y así, marcados por esta disidencia resultaron los encuentros personales entre Unamuno y Darío. Éste aprovechó el artículo de Unamuno *Muera Don Quijote*, publicado bajo la impresión de la derrota militar del año 1898, como motivo de crítica en la que acentúa la capacidad de regeneración de Don Quijote, el cual aparece en el transcurso de la historia, en formas siempre diferentes. Unamuno reacciona a esto en el artículo *Vida de Don Quijote y Sancho* y lamenta haberse expresado equívocamente.

Constantemente son ambos motivo de otras controversias. Rubén Darío le confiesa a Unamuno en un escrito dirigido a él, no sentirse un escritor americano y estar menos enraizado en las ideas españolas que en las francesas²⁶. Si Darío valora enormemente la importancia de París para la literatura, Unamuno la rechaza. Y si Unamuno aprecia la literatura gauchesca, Rubén Darío intenta explicar que no tiene nada que ver con la situación que se vive en América. Continuamente intentan los dos encontrar puntos en común en sus planteamientos, sin embargo, la relación entre ambos no se caracteriza precisamente por su simpatía mutua, a pesar de los encuentros personales y la cuantiosa correspondencia²⁷.

Se introducirá a continuación a José Enrique Rodó, el último autor conocido por Unamuno que escribiera sobre la identidad latinoamericana. Cuando

²² DARÍO, Rubén, 1967, p. 151.

²³ «Rey de los hidalgos, señor de los tristes,/ que de fuerza alientas y de ensueños vistas,/ coronado de áureo yelmo de ilusión,/ que nadie ha podido vencer todavía,/ por la adarga al brazo, toda fantasía,/ y la lanza en ristre, toda corazón». Ibid., p. 165.

²⁴ Ibid., p. 166.

²⁵ UNAMUNO, Miguel de, 1968, t. III, p. 630.

²⁶ GARCÍA BLANCO, Manuel, 1964, p. 55

²⁷ CHAVES, Julio César, 1964, pp. 183-193.

apareció su obra *Ariel* en el año 1900, desató la corriente del arielismo, comparable a la del quijotismo, que le otorgaba prioridad a la Latinoamérica marcada intelectualmente frente a la América materialmente superior. En el año de la publicación, Unamuno ya conocía la obra. Ésta fue la contestación que le dio a Rodó cuando éste le hubo enviado un ejemplar. Como hiciera también con Dârío, Unamuno le censura tener una orientación muy fuerte hacia Francia, lo que no evita que escribiera una muy positiva reseña²⁸. Agradecido, Rodó le dedica en 1913 *El mirador de Próspero* a su amigo Unamuno, que a su vez escribe la necrológica de Rodó.

Unamuno tenía, por tanto, numerosas relaciones con autores latinoamericanos. Como a éstos, le movían las cuestiones sobre la identidad. Al ver ésta personificada en el *Don Quijote*, presupone unos puntos comunes ideales entre España y América, marcados por la literatura y la lengua españolas. Este planteamiento lo comparte con Ángel Ganivet, quien ya lo había desarrollado en su *Idearium español*, esforzándose una y otra vez en determinar lo que es España por medio de definiciones ex negativo. De este modo, España no podría ser entendida desde la historia exterior, tampoco desde los sistemas escolásticos, ni desde la orientación en la técnica y en la inducción empírica, sino más bien desde la mentalidad de Stoa y las enseñanzas de Séneca, pero sobre todo, desde la sabiduría del pueblo español, tal y como se presenta en el Romancero y en el *Don Quijote*.

Los acontecimientos históricos, tales como la legislación por medio de los invasores godos o las enseñanzas de los heterodoxos, se reducirían a una influencia exterior y no habrían podido cambiar –según Ganivet– la esencia de España. Ganivet introduce como ejemplo a Don Quijote. Las decisiones que toma y los juicios que emite Don Quijote serían absurdos solamente según los términos de la ley, pero en realidad serían el resultado de una justicia trascendental²⁹, que se esforzaría en mantener una justicia ideal en el mundo. Aquí, como en los agudos juicios que emite Sancho como escudero, se evidencia especialmente la diferencia entre la ley y la justicia ideal.

La esencia de España la define partiendo del no demostrado axioma de un espíritu territorial. De las circunstancias territoriales deriva la agresividad de Inglaterra, isla protegida por el mar de ataques de fuera, y también la disposición defensiva de la Francia continental, así como la necesidad de independencia de la península ibérica. España cometería un error histórico al considerarse una isla estado a causa de los Pirineos. Aunque no mostrara por naturaleza predisposición a la agresión y a la conquista, España habría cometido el error, tras terminar con éxito la Reconquista, de no ocuparse más de África, sino de América.

²⁸ «Es un himno a la juventud, al alto entusiasmo, a la sed de ideal y de armonía y de belleza, inspirado en Guyau, y en Renán, sobre todo.

Es una honda traducción al castellano

– no sólo al lenguaje, sino al espíritu

– de lo que el alma francesa tiene de ateniense y de más elevado.», Unamuno, Miguel de, 1968, t. IV, p. 743.

²⁹ GANIVET, Ángel, 1964, p. 52.

La independencia, característica de España, se probaría además en que se podría comparar a Cervantes absolutamente con los conquistadores «porque mientras los demás conquistadores conquistaban países para España, él conquistó a España misma, encerrado en una prisión»³⁰.

A la necesidad de independencia de España le corresponde, según Ganivet, un espíritu guerrero, que motivaría la lucha individual de caballero contra caballero y que conduciría, tanto en el Cid como también en los conquistadores, a una acción individualista. Ya que los conquistadores no tenían una táctica militar sistemática contra los indios, un autor como Heinrich Heine los habría malinterpretado al definir a Cortés como capitán de los ladrones y pasar por alto los ideales que compartía con los representantes de la vida espiritual española:

Y tan conquistadores como Cortés o Pizarro son Cervantes, preso en Argel y comprometiéndose en una rebelión por España, y San Ignacio de Loyola, otro oscuro soldado que con un puñado de hombres acomete la conquista del mundo espiritual³¹.

Contrapone el espíritu guerrero individualista al espíritu militar de una táctica sistemática, extendido en Inglaterra, el cual le parece a Ganivet comparable con el sistemático modo de pensar de un banquero o de un fabricante de calzado. Prefiere al prestamista privado y al zapatero que a aquellos, ya que éstos trabajan independiente e individualmente.

La acentuación del idealismo individual llega en Ganivet hasta el punto de caracterizar a Don Quijote como el Ulises español, que habría descargado sus ocupaciones y cargas materiales en su escudero Sancho para librarse de ese yugo y poder concentrarse en sus ideales:

Así camina completamente desembarazado, y su acción es una inacabable creación, un prodigio humano, en el que se idealiza todo cuanto en la realidad existe y se realiza todo cuanto idealmente se concibe³².

En este ansia de creación le parece a Ganivet comparable sólo al «Ulises» anglosajón, Robinson Crusoe.

Con los esfuerzos de Unamuno de fondo, presentados al principio, de crear un vínculo entre España y Latinoamérica a través de la acentuación del componente ideal que pudiera compensar la derrota en la historia real, sería de esperar que Unamuno estuviera de acuerdo con Ganivet. Pero esto no es así. La lectura de Unamuno del *Idearium* de Ganivet le llevó a establecer un intercambio detallado de argumentos en cartas publicadas finalmente en *El Defensor de Granada*. En el prólogo de esta correspondencia con Ganivet, Unamuno relata cómo conoció a Ganivet ya en el año 1891 en Madrid en una época en que ambos tenían que realizar entrevistas personales con motivo de las oposiciones. Para evitar que se originara una falsa impresión –como que en

³⁰ Ibid., p. 60.

³¹ Ibid., p. 39.

³² Ibid., p. 140.

sus ideas estuviera influido por Ganivet-, Unamuno se apresura a acentuar en su prólogo que ya antes de la publicación del *Idearium*, en 1895, había publicado sus cinco ensayos *En torno al casticismo*, por los que sí habría estado influido Ganivet³³.

La discusión, ordenada asociativamente, se sirve frecuentemente de la figura de Don Quijote para aclarar la argumentación. Así, a Unamuno no le parece que Sancho estuviera marcado por ideas necias en menor medida que su señor, por ejemplo, cuando Sancho cree a su señor, un necio, sólo por el hecho de prometerle una isla. Para Unamuno se vislumbra paradigmáticamente por medio de Sancho el error fundamental de España. Se trata de esforzarse en crear una unidad que integre lo ajeno: «Nos empeñamos nosotros en imponer nuestro espíritu, creencias e ideales, a gentes de una estructura espiritual diferente a la nuestra»³⁴.

La actitud totalizadora de Ganivet frente a lo ajeno le parece a Unamuno tanto más susceptible de crítica por cuanto que queda sin definir cuáles son las ideas que ofrece realmente España:

Más de una vez se ha dicho que el español trató de elevar al indio a sí, y esto no es en el fondo más que una imposición de soberanía. El único modo de elevar al prójimo es ayudarle a que sea más él cada vez, a que se depure en su línea propia, no en la nuestra. Vale, sin duda más un buen guaraní o un tagalo que un mal español³⁵.

Así es lógico que Unamuno le pida a Don Quijote, vencido por el caballero de la Blanca Luna, volver a su pueblo, renunciar a sus alucinaciones expansionistas y empezar una nueva vida como Alonso el Bueno. Del mismo modo que Don Quijote debe ocuparse desde ahora de su propias tierras, así tendría que dejar de existir la vieja España con sus alucinaciones para regenerarse en una nueva y más razonable España.

A Unamuno ya no le parece que Don Quijote, alejándose constantemente de su lugar de origen, sea el modelo para la nueva España, sino que lo sería el héroe anglosajón Robinson Crusoe, el cual fue capaz de crear de la realidad que le rodeaba un mundo nuevo y accesible. España tendría ahora que buscar un Robinson intelectual en la originaria tradición ibérica popular, todavía no influenciada por los romanos.

A éste le presenta Ganivet la importancia de las influencias romanas y árabes en España, pero reconoce la necesidad de indagar en una «vida íntima», que, al contrario que la «vida exterior», sería susceptible de investigación. Sólo así se podría aclarar que, para la mayoría de los españoles, la colonización tuviera un carácter novelesco y se encontrara en la situación de un Sancho Panza, el cual desconocería igualmente la situación de su isla³⁶. Por otra parte, Ganivet aprueba la imagen que Unamuno tiene de Don Quijote, el cual después de tres salidas y a consecuencia de su derrota debe nacer de nuevo cura-

³³ UNAMUNO, Miguel de, 1968, t. III, p. 639.

³⁴ Ibid., p. 644.

³⁵ Ibid.

³⁶ Ibid., p. 654 (carta de Ganivet a Unamuno).

do en una nueva existencia. No obstante, según Ganivet, España, después de la pérdida de las colonias americanas, se encontraría al final de la primera salida y en camino de llevar a cabo una segunda en dirección a África, lo cual le parece perfecto. Como Don Quijote, España también tendría que buscarse un escudero. «Y en esta nueva serie de aventuras tendremos un escudero, y ese escudero será el árabe»³⁷.

Unamuno replica acentuando de nuevo su reivindicación de dejar lo español original libre de toda influencia celta, fenicia, romana, gótica y árabe. Por ello, no lo busca en las vicisitudes de la historia política exterior, sino en los «hechos sub-históricos»³⁸. Éstos, en su polémica con Ganivet, no los ve materializados, sin embargo, en ideas ideales, sino –y esto es lo sorprendente después de todo lo que hemos escuchado de Unamuno sobre el quijotismo del descubrimiento del Nuevo Mundo– en la organización social y en las reglas y procesos económicos. Con ello presenta un concepto que se opone diametralmente al de «intrahistoria», orientado éste en las ideas. Dos veces consecutivas cita el nombre de Karl Marx y le reconoce como teórico que supo prever, tanto previsoría como modestamente, la importancia de los mecanismos de la producción: «Las fábricas de altos hornos en mi país, y las de remolacha en el de usted, harán mucho más que lo que pudiese hacer un ejército de ideólogos como usted y yo»³⁹.

Con esto de fondo, justifica entonces también la colonización española a causa de las necesidades económicas. La búsqueda de oro –con el que se enriquecerían posteriormente no en Castilla, sino en Flandes–, habría tenido una mayor importancia que el ideal de llevar a los indios el evangelio. El sistema económico en un país agrícola como España lo ve –y aquí está de acuerdo por completo con Ganivet– anclado en las características territoriales, que están marcadas en primera línea por la pobreza del suelo. Al contrario que Ganivet, Unamuno, a causa del sustrato territorial, no ve garantizada una idealidad válida para toda España, sino la base de una variedad regional, que ya se manifestara en la época de la conquista, especialmente tras la pérdida de las últimas colonias.

En este contexto le parece digno de mención, como acentúa en un artículo del año 1916, que los grandes conquistadores de América –Cortés, Pizarro, Orellana o Alvarado– provinieran de la árida España central y no tuvieran ni siquiera naturaleza de marineros⁴⁰. A la situación geográfica se le debe agradecer, al fin y al cabo, que Barcelona se orientara hacia la zona del Mediterráneo mientras que Bilbao lo hiciera hacia el norte de Europa. Así fue posible que la pérdida del vínculo unificador de una hegemonía sobre las colonias comunes condujera más bien a una pérdida del poder central a favor de una creciente importancia de las regiones españolas, conjetura Unamuno en respuesta a Ganivet.

³⁷ Ibid., p. 657.

³⁸ Ibid., p. 662.

³⁹ Ibid., p. 663.

⁴⁰ Ibid., p. 764.

Éste, por el contrario, no se deja influir con ello en su posición idealista. Si bien los españoles, aunque no todos, habrían ido a América en búsqueda de oro, no obstante, España en su totalidad habría estado movida por un ideal, en el que se fundían los deseos del estado y de la iglesia. Así se muestra que Ganivet continúa la idea de Unamuno de la «intrahistoria», asociada con Don Quijote, por otra parte, su creador, el mismo Unamuno, en el intercambio epistolar con Ganivet la relativiza por el concepto de una «sub-historia» rebatiendo al mismo tiempo el idealismo, relacionado al quijotismo, de una reconquista ideal de las políticamente perdidas colonias.

Unamuno no es capaz de sostener consecuentemente en sus demás escritos esa actitud negativa, tomada en esta discusión con Ganivet, sobre la conquista y la reconquista espiritual, como han pretendido mostrar los ejemplos mostrados al principio. Pero allí donde la defiende, sustituye sus expediciones quijotescas por la limitación de lo propio: «Eso hemos sido, grandiosos más que grandes. Siempre a conquistar más tierra, material o espiritual, pero sin labrar amorosamente el pegujar de abolengo, el solar de mayorazgo»⁴¹.

Anuncia una nueva forma de conquista: «Hoy el español, el geográfico y jurídicamente español, tiene que conquistar su españolidad»⁴².

Con esto Unamuno no renuncia a todo tipo de conquista fuera de las fronteras de España. Al contrario que Ganivet, no ve el futuro de España en África. Él exhorta a sus compatriotas a llevar a cabo una nueva conquista espiritual: España no pertenecerá a Europa «hasta que tratemos de imponernos en el orden espiritual de Europa, de hacerles tragar lo nuestro, lo genuinamente nuestro, a cambio de lo suyo, hasta que no tratemos de españolizar a Europa»⁴³.

Así, el frecuentemente citado pensamiento de Unamuno sobre una españolización de Europa aparece como variante de su idea de la quijotización del Nuevo Mundo en otro contexto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAQUERO, Gastón, «La América de Unamuno», *Punta Europa*, año 9, nº 99/100, 1964, pp. 91-110.
- BARAHONA, Luis, «Unamuno e hispanoamérica», *Revista de filosofía*, (Universidad de Costa Rica), v. 5 (17), 1965, pp. 53-62.
- CHAVES, Julio César, *Unamuno y América*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1964.
- DARÍO, Rubén, *Azul ...*, *El salmo de la pluma, Cantos de vida y esperanza, otros poemas*, México, Porrúa, 1967.
- *Páginas escogidas*, ed. de Ricardo Gullón, Madrid, Cátedra, 1986.
- DÍAZ-PLAJA, Guillermo, *Don Quijote en el país de Martín Fierro*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1952.
- GANIVET, Ángel, *Idearium español*, Madrid, Aguilar, 1964.
- GARCÍA BLANCO, Manuel, *América y Unamuno*, Madrid, Gredos, 1964.
- HOLZ, Karl, «Tradition und Interpretation. Zu Unamunos literarischer Don-Quijoterie», *Iberoamericana*, 10 N.F., 1979, pp. 85-111.

⁴¹ Ibid., pp. 752 y ss.

⁴² Ibid., p. 754.

⁴³ UNAMUNO, Miguel de, 1918, p. 936.

- LORENZO-RIVERO, Luis, *Larra y Sarmiento. Paralelismos históricos y literarios*, Madrid, Guadarrama, 1968.
- RODÓ, José Enrique, *Ariel*, Madrid, Espasa-Calpe, 1971.
- TORRE, Guillermo de, «Unamuno y la literatura latinoamericana», *Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno*, nº 11, 1961, pp. 5-25.
- UNAMUNO, Miguel de, *Ensayos*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 1916-1918.
– *Obras completas*, Madrid, Escelicer, 1966-1971.
- VERDEVOYE, Paul, *Domingo Faustino Sarmiento. Educateur et publiciste entre 1839 et 1852*, Paris, Centre de Recherches de L'Institut D'Études Hispaniques, 1964.